

BOGOTA EN 1883

Lectura en el Teatro de Colón, el 22 de julio de 1937, en una fiesta a beneficio de la Cruz Roja.

POR LAUREANO GARCÍA ORTIZ

Cuando se me honró invitándome a hablar en este sitio y en esta ocasión, quedó convenido con el presidente de la Cruz Roja Colombiana que yo hablaría sobre tan preclara institución, y a eso me preparé. Luégo, este lunes, el personal organizador de esta festividad me hizo saber que, aun cuando era a beneficio de la Cruz Roja, el carácter de la función exigía cierta unidad y cierta relación entre sus partes, y que por ello se me invitaba a prescindir de aquel tema, y se me propuso que repitiera la lectura que alguna vez hice en la casa de la señora Soto del Corral sobre los cachacos bogotanos, que por ahí anda publicada; pero esas mis fugaces e insustanciales charlas no merecen ni resisten repetición. Por eso vengo con algo hecho a las volandas y que podría llamarse: *Bogotá alrededor de 1883*.

*

* *

No me propongo hablar en esta ocasión de los tiempos de El Mosaico, sino de una época posterior y quizá bien diferente en su espíritu, sus modalidades y sus tendencias. Mas debo referirme a esos tiempos tan sólo en busca de algún antecedente. No será talvez inoportuno, ya que el caso se presenta, apuntar que espíritus jóvenes, inteligentes e inquietos, de la hora actual, se ejercitan en demoler, con crítica burlona y agresiva al propio tiempo, el simpático e inofensivo prestigio de que gozan en la historia de nuestra cultura los hombres de El Mosaico.

Ya se verá que me explico bien, y casi justifico, la empresa muy humana de las jóvenes generaciones al reaccionar fieramente contra las que precedieronlas en el curso de la historia, analizándolas y hallándolas fallas. Yo imagino que si las ondas de un río tuvieran un principio de libre albedrío y un poco de sentido crítico, y pudieran detenerse un instante en su carrera inevitable, lo harían para volver caras y enfrentarse rebeldes a las ondas originarias de atrás, determinantes de su destino, que vienen desde lejos empujándolas inexorablemente en su curso fatal a lo ignoto. Y eso por aquella ley,

física y moral, de que la reacción es igual y contraria a la acción, y por aquella tendencia orgánica de toda voluntad a resistir a quien la manda. Como los muertos mandan, ese mandato no es cómodo ni grato para las generaciones vivas, que se sienten mandadas y todavía orientadas por generaciones muertas.

Empero, estos jóvenes inteligentes e inquietos, que le buscan tardía camorra a sus muy regocijados y bien intencionados antecesores de *El Mosaico*, quizá no se hayan detenido a meditar que mucho de lo bueno que ellos ahora lucen y ostentan lo están debiendo a lo que esos abuelos suyos trabajaron y les legaron gratuitamente. Así de solidaria y continuada es la cadena de la cultura humana. Y quizá su táctica, de crítica a la par burlona y agresiva, no les resulte eficaz y apropiada para el caso, porque ese intento de aplicar la burla a quienes de ella se valieron para no dejarnos invadir de la estirada y pedante seriedad entonces dominante en ciertas zonas y de la fatídica, negra y postiza tristeza de cierto romanticismo trasnochado imperante en otras, ese intento, digo, no parece lo indicado, expuesto sobre todo a que los burladores de hoy resulten burlados por anticipación profética. En cuanto a la parte agresiva, ella será tachada por lo menos de ingratitud, ya que ese ingenio de los *mosaicos*, estimado hoy como superficial, fue apreciado en su tiempo, en América y en España, como sal de buena ley que nos libró del romanticismo decadente y lúgubre y de la pedante erudición a la violeta. Bien sabido es que la sal, según la palabra divina, libra a la tierra de corrupción; por ello, parafraseando la frase evangélica, en nuestra historia literaria podría decirse: "Vosotros, Vergara y Vergara, Marroquín y Carrasquilla, Camacho Roldán y Samper, Silva y Guarín, Pombo y Pereira Gamba, Fallon y Jorge Isaacs, vosotros sois la sal de la tierra."

Por otra parte, eso de tomar en la incesante corriente del tiempo una generación o un grupo de hombres, aislándolo imaginativamente, como persona colectiva, para someterla a juicio, es empeño las más de las veces reñido con la realidad y la justicia. Eso de querer diferenciar, en el curso humano de la historia, con caracteres definidos y netos, las sucesivas generaciones, es procedimiento artificial e irrealizable. La vida humana se desliza al través del tiempo en corriente sin interrupción, sin solución de continuidad, unas generaciones confundidas y entremezcladas con las otras, sin que sea factible decidir, en el tiempo y en el espacio, en qué punto principia o termina una generación responsable. Esas frases consagradas, que el vulgo acepta y circula sin examen, de *la generación del 48*, *la generación de El Mosaico*, *la generación del centenario*, corresponden a entes de razón, a abstracciones imaginarias, incoercibles e imponderables, sin evidente y efectiva responsabilidad.

El pensar bien consiste en no especular intelectualmente sobre abstracciones, en no edificar sobre entidades ilusorias. La humanidad extravió su intelecto y perdió siglos en teorizar sobre el tiempo y el espacio como realidades objetivas y concretas. La alambicada filosofía la hizo creer en un espacio infinito y en la eternidad del tiempo, lo que enfrentaba aquél y ésta a lo infinito de Dios y a la eternidad de

Dios. Muy lejos de enfrentarse esos dos mentidos infinitos del espacio y el tiempo al único infinito verdadero e inefable, esos dos entes imaginarios son, por definición, la ocasión, la forma y el continente de todo lo relativo y de todo lo limitado.

Preciso es pensar y decir: hay cosas extensas, más o menos próximas, más o menos separadas; hay cosas que duran, simultánea o sucesivamente; pero no hay una cosa de existencia propia y objetiva que corresponda a la idea del espacio, y no hay una cosa que exista por sí misma y de realidad independiente que corresponda a la idea del tiempo. Si no existieran o se destruyeran las cosas extensas y las cosas que duran, no quedaría un espacio vacío o un tiempo que corra, como lo forja la fantasía. Simplemente quedarían la nada y Dios, que no requiere ni necesita del espacio ni del tiempo y que creó las cosas extensas y las cosas durables. Cosas más o menos extensas, cosas más o menos durables, son las realidades; el espacio y el tiempo son entes imaginarios e ilusorios. Asimismo hay actos caritativos, corazones caritativos, pero no existe un ente real que corresponda a la idea abstracta y generalizada de caridad. ¿Cómo es ella y dónde se la encuentra? Los nombres abstractos son tan sólo comodines del lenguaje.

Por todo ello, yo desearía que alguno de los críticos flamantes, abandonando las generalizaciones sobre la insignificancia de la generación de El Mosaico, que casi es un *anonimato*, concentre su análisis sobre personas reales y concretas, y nos demuestre que Vergara y Vergara no fue un investigador, un propulsor y un animador de la cultura colombiana; que Marroquín no conocía y no manejaba a perfección la lengua castellana, que no tenía un estilo castizo, limpio, claro y elegante, que no tenía ingenio festivo ni agilidad burlona; que Ricardo Silva no tenía talento de observador penetrante y pictórico del medio ambiente; que David Guarín carecía del sentido cómico de los espectáculos y de las personas y la aguda penetración de los temperamentos y de las costumbres; que Camacho Roldán desconocía la realidad nacional y José María Samper la sicología colectiva del tipo colombiano; que Manuel Pombo ignoraba la suma delicadeza de la poesía; que Diego Fallon carecía de imaginación y de sentido estético, y que Jorge Isaacs había sido incapaz de escribir un libro de realismo sentimental, único en América. Si esa crítica merece tal nombre y aduce argumentos y consideraciones, si no evidentes, al menos plausibles y talvez ingeniosos, será recibida por el público con gran beneplácito. Pero meros intentos de jóvenes iconoclastas, por más intrépidas que sean sus irreverencias, no conmoverán ni rectificarán lo que ha consagrado el general asentimiento de propios y extraños.

El movimiento literario colombiano del cual fue índice y exponente El Mosaico, contribuyó a la cultura patria no sólo evitando se adueñaran de los espíritus aquellas influencias atrás apuntadas, que alcanzaron a dominar, por desventura, en otros países de habla española, sino que enseñó a escribir con propiedad, corrección y pul-

critud, cuando no con elegancia; a defender nuestra lengua, para lustre de Colombia, de los barbarismos circundantes y epidémicos; a desarrollar las facultades de observación directa de la naturaleza que predispuso para disciplinas más altas y más trascendentes. Por ello vimos aparecer luégo, en ese ambiente propicio, otro momento histórico colombiano determinado necesariamente por el anterior, otra agrupación de colombianos entremezclada de no pocos *mosaicos*, y a cuya formación y progreso contribuyeron en mucho la labor y la propaganda instrucionista de las administraciones liberales de entonces. Organó en la prensa de esa labor y de esa propaganda instrucionista fue *La Escuela Normal*, que, para quitarle toda tendencia sectaria, el gobierno liberal puso bajo la dirección de un ilustre y cultísimo humanista conservador, el doctor Manuel María Mallarino, y del máximo poeta, el más fecundo, el más variado y el más original de la América Latina, también conservador, Rafael Pombo. Pero allí colaboraban, en estudios de mucha sustancia, las más reputadas plumas liberales: Santiago Pérez, Tomás Cuenca, los Zapatas, los Lleras, los Guzmanes.

Al lado de *La Escuela Normal* aparecían los *Anales de la Universidad*, bajo la sabia dirección del doctor Manuel Ancízar. Este órgano de la Universidad Nacional, fundada por la administración del general Santos Acosta, recogía en sus severas páginas documentos históricos de excepcional importancia y tratados técnicos y didácticos de sólida doctrina, entre otros el celebrado *Tratado sobre el participio*, por don Miguel Antonio Caro, lo que es otra prueba de que el sectarismo político era en un todo extraño a tales labores espirituales.

Ese insigne Caro, en asocio del no menos insigne Rufino José Cuervo, constituían la pareja ilustre, muestra ante el mundo hispanoparlante y ante las corporaciones sabias de esta letrada Colombia, en el intenso campo del humanismo integral, de la crítica literaria y de la erudición filológica.

El mismo Caro y el benemérito Carlos Martínez Silva fundaron el célebre *Repertorio Colombiano*, la mejor revista literaria que se había publicado en América, al decir de Menéndez y Pelayo, citado por Gómez Restrepo.

En ese entonces apareció también el *Papel Periódico Ilustrado*, museo de nuestras glorias patrias y monumento memorable de nuestra vida nacional, debido únicamente a las capacidades de acción y de arte del atrayente Alberto Urdaneta. Para ello trajo dibujantes y grabadores del exterior, estimulaba vocaciones juveniles latentes, despertaba las reminiscencias adormidas de los ancianos, sacudía la pereza de los intelectuales, aplacaba resquemores sociales y acercaba y amistaba a los adversarios, todo en servicio de su empresa espiritual y patriótica.

Urdaneta pertenecía a una familia de abolengos, raza robusta y viril, propia para la guerra, para el deporte y para la agricultura, pero que hasta Alberto no había mostrado aficiones intelectuales ni disposiciones artísticas. El fue un elemento social de primer orden; todo cedía ante su seducción y su prestigio. Casóse muy joven, al

calor de un entusiasmo de los suyos, con una bellísima dama de familia histórica y tuvo el dolor de perderla prematuramente. No volvió a casarse; pero no renunció por ello a la vida galante. Sus amores siempre fueron ruidosos, cuando no trágicos. Mas era tal su prestigio sobre mozos y ancianos, que todo en él se perdonaba. Al regreso de uno de sus viajes a Europa, trajo consigo una primorosa amiga, la señorita Emilia Benic, cantatriz de buena escuela y de linda voz. Los dos ofrecían en la morada de ella, casi todas las semanas, unas cenas muy apetitosas, y en torno de su mesa se sentaban ilustres invitados. Eran de verse allí, indulgentes y regocijados, venerables varones del partido conservador (*glissez, mortels, glissez... n'appuyez pas*), como don José Caicedo Rojas, don José Joaquín Ortiz, el doctor Liborio Zerda y otros tantos. Los dueños de casa hacían los honores a la maravilla; los vinos y los manjares eran de lo mejor. Estos últimos eran preparados por un viejo tenor de ópera, Rossi Guerra, retirado y rezagado de una compañía que había pasado por Bogotá en décadas anteriores. Ese tenor retirado preparaba platos exquisitos de la cocina italiana.

Permitidme un recuerdo personal sobre Rossi Guerra. Siendo ya muy anciano, el gobierno le dio un refugio como jardinero en la antigua Quinta de Segovia, Huerta de Jaime. Allí mismo, en esos jardines, había encontrado asilo un dromedario, resto de una pareja de camellos y de otra pareja de dromedarios que el señor Navas Azuero había traído de Argelia para tratar de aclimatarlos en Anapoima y de obtener cría de ellos. Cuando los trajo a Bogotá para exhibirlos, la pareja de camellos y la hembra del dromedario murieron de pulmonía. El sobreviviente, como ejemplar para un jardín zoológico proyectado, fue comprado por el gobierno y unido al tenor Rossi Guerra en los jardines de la Quinta de Segovia. El italiano tomóles entonces cariño a tres estudiantes: a Evaristo Rivas Groot, a Fortunato Pereira Gamba y a quien esto relata. Nos invitaba de cuando en cuando a la especie de kiosco que en el jardín le servía de morada, a comer *macarroni* maravillosos, llevando nosotros la botella de vino. En la mesa, colocada en un corredorcillo que ensombrecía una enredadera, con esos amigos de su edad provecta, hacía reminiscencias melancólicas de su vida de artista y nos decía: "Así como me ven ustedes, cuando yo entonaba aquí, en el Coliseo, el aria final del tenor en Lucía de Lammermoor: *Tu che a Dio spiegasti l'ali, o bell' alma innamorata*, las más lindas muchachas de Bogotá lloraban a lágrima viva." Y el viejo y ventruado tenor, con la copa en la mano, con voz cascada pero con entonación impecable, nos cantaba el aria romántica, y de sus ojos azules desbordaban las lágrimas. En tal momento, por la parte más alta de la enredadera, se asomaba la cabeza descarnada y lastimosa del dromedario sobreviviente. Los tres mozos sentían también sus ojos humedecerse al contemplar el melancólico ocaso de esos dos seres venidos jóvenes a esta altiplanicie fría y remota, el uno de la florecida Italia, el otro del Africa reseca, unidos por la suerte en el mismo asilo, y que ya se morían a la par de vejez, de soledad y de nostalgia.

De tarde en tarde trepaban hasta la altiplanicie compañías españolas dramáticas e italianas de ópera, que funcionaban en el antiguo Coliseo, llamado más tarde Teatro Maldonado, por el nombre de su dueño principal, luégo expropiado por el gobierno para ser reconstruido por el arquitecto italiano Pietro Cantini, y que es hoy nuestro Teatro de Colón. Dije dueño principal, porque en ese antiguo teatro algunas familias eran propietarias reales y perpetuas de sus respectivos palcos. Los dos principales eran los que constituían los dos extremos de la segunda fila; ambos muy amplios, con asientos muy cómodos y con antepalcos o antesalas, y pertenecían a las familias de dos antiguos acaudalados personajes: don Francisco Montoya y don Raimundo Santamaría.

En diciembre y enero, con ocasión de los Aguinaldos, Pascuas y Reyes, todos los años, funcionaba el pesebre de Espina, espectáculo muy nacional, que abría la vena de la crítica social y del humorismo santafereño. Un tema muy explotado allí era una parodia o caricatura del Congreso Nacional, en la que se remedaba a los parlamentarios de más viso y donde siempre figuraban oradores típicos de Antioquia y de la Costa Atlántica, con los nombres de Catulo Frisoles y Bárbaro Palomo, respectivamente. Tal pesebre tenía por local un edificio bajo de un solo piso, dependiente de la Instrucción Pública, constante de un gran salón que daba a un largo corredor de columnas de piedra, al borde de un extenso patio, en el mismo sitio que hoy ocupa el Teatro Municipal, al lado del Observatorio Astronómico.

Actos públicos de alguna significación se celebraban en el Salón de Grados, antiguo salón de aulas, y más atrás capilla castrense. Ahí se reunía también la Cámara de Representantes, antes de su instalación en el Capitolio Nacional, y ahí se efectuaban los exámenes de grado y la fiesta anual universitaria de mucha resonancia, y que despertaba anhelosa expectativa por los premios escolares y por los discursos académicos de la Universidad.

Los malos pavimentos y los suburbios poco atractivos estorbaban el paseo diario de las gentes necesitadas de algún ejercicio. Algunos intentos de paseos públicos, como el del Camellón de los Carneros y la Alameda, no tuvieron buena acogida ni éxito alguno. Los señores de la política, de los negocios y de las letras, salían en la tarde a pasearse en el atrio de la Catedral. Allí se conversaba de todo eso y de la crónica social, y allí surgían encuentros e incidentes interesantes, unos cómicos y alguna vez trágicos. Entre los paseantes se veía en ocasiones al Jefe del Estado y a sus ministros, en confiado y tranquilo roce democrático.

*

* *

En cuanto al aspecto religioso, Santafé de Bogotá siempre ha honrado y mercedido su nombre. Su fe cristiana, al través de su historia secular, ha sido sólida y sencilla, y de ella ha dado fiel testi-

monio en su vida doméstica y en el culto externo rendido en sus treinta templos primitivos. En ello, como en la lengua, la obra española en el Nuevo Reino de Granada fue tan eficaz y completa como en ninguna otra región de la América Latina. Unidad de religión y unidad de lengua fueron características de lo que hoy es Colombia. La fe católica y la lengua de Castilla prendieron allí como en terreno propicio, de visible predestinación.

La densa masa de población indígena que en Colombia sobrevivió a la Conquista y que luego se ha perpetuado cruzándose y civilizándose, habló español desde un principio. La lengua chibcha y otros dialectos, apenas nos son conocidos por las gramáticas y vocabularios de los misioneros. No así en el Ecuador, en el Perú y en Bolivia, donde perduraron en el pueblo el *quichua* y el *aymara* como lenguas vivas, y aún en cierta región de Chile el *araucano*.

Y es de notarse que en ese Nuevo Reino y en la república subsiguiente, colectivos no hubo crímenes sangrientos, ejecuciones y arrastres, obra de fanatismo, como en otras regiones. Aquí ha predominado la tolerancia cristiana y se ha reflejado en las costumbres. La casi totalidad de los colombianos ha sido católica, y bajo el régimen liberal de 1864 a 1884 (a excepción de la última administración Mosquera), en el sistema de entera separación de la Iglesia y el Estado, los poderes públicos rendían homenaje a la religión no diré dominante sino única, y se veía a los Jefes del Estado asistir a las funciones y ceremonias de la Iglesia. Naturalmente que los directores del mal llamado partido católico querían aparentar otra cosa, tan sólo por táctica política, para alcanzar el poder por la influencia del clero y de las masas; pero con tan poca sinceridad, que por atrapar ese poder tan codiciado se adhirieron a una nueva candidatura del general Mosquera, único anterior mandatario sistemáticamente anticatólico no arrepentido, y apoyaron al doctor Núñez, único mandatario que exhibió en el Palacio Presidencial un estado doméstico irregular, contrario al credo católico. Pero todas esas trapisondas políticas no han cambiado el temperamento espiritual de la capital y no han alterado su fe cristiana. Esa táctica política se ha desacreditado por malsana, por ineficaz y por contraria al verdadero y sincero sentimiento religioso.

*
* * *

Tal era, en mi sentir muy superficial, el ambiente espiritual e intelectual de Bogotá alrededor de 1883. Ahora, muy brevemente, intentaré la descripción del medio físico, para terminar con un corto ensayo de interpretación del mundo social.

Bogotá era, como es, la capital más mediterránea del Continente americano. Para entonces no había otro acceso para ella, viniendo del exterior, que el río Magdalena. Existiendo apenas en la mente de Dios y en los ocultos presentimientos de los Estados Unidos, el Canal de Panamá, y no existiendo ferrocarril, ni carretera, ni verda-

dero camino de herradura, del litoral del Pacífico, siquiera hasta el Valle del Cauca, la capital de Colombia era físicamente inalcanzable por esa vía para quien viniera de fuera del país. Los miembros del Congreso que de Pasto, Popayán y el Valle, estaban obligados a venir aquí, emprendían el viaje después de hacer testamento, con una recua de mulas cargadas de bastimentos, enseres de cocina, vajillas, herramientas, toldas, etc., hasta para un mes de viaje. El solo paso del Quindío, de Cartago a Ibagué, cuando el tiempo y el camino lo permitían, podía hacerse en las mejores condiciones en cinco o seis días, cuando no era obligado venir a espaldas de carguero, como estuvo a punto de hacerlo el Barón de Humboldt.

Siendo yo niño, viniendo a estudiar a Bogotá, salí de Medellín con Jorge Isaacs, y por la vía de Manizales, a lomo de mula, haciendo las jornadas ordinarias, gasté veintidós días.

Los viajeros que subían el Magdalena, de Barranquilla a Honda, en los barcos de entonces, gastaban doce o quince días, cuando no se quedaban varados en el río por semanas y hasta por meses, y de Honda a Bogotá, en mula, por un camino de cabras, se gastaban cuatro o cinco días.

Y con tales dificultades y el costo consiguiente, a Bogotá se traían grandes espejos, pianos y muebles muy pesados, las más de las veces a hombros o a espaldas de hombres.

Santa Fe de Bogotá fue la ciudad del milagro. ¿Cómo pudo fundarse, desarrollarse y vivir una ciudad en el corazón del Continente, a una distancia de más de 1.250 kilómetros de la Costa Atlántica, a una altura de 2.600 metros sobre el nivel del mar y con un trayecto en el cual la naturaleza parecía haber acumulado todas las dificultades de transporte y acceso?

¿Cómo es que Caracas, a pocas millas del mar y a una altura mucho menor, jamás pudo crecer tanto? ¿Cómo es que Lima, a pocos minutos del Callao, uno de los mejores puertos del Pacífico, y a pesar de su inmensa riqueza originaria, apenas equivale a Bogotá en edificaciones y en extensión urbana? Ciudad del milagro fue Santa Fe de Bogotá desde su fundación. No deja de ser milagrosa la aventura de que cuarenta años después de descubierta la tierra firme de América, cuando apenas se conocían sus costas o regiones del *interland* muy próximas a ellas, se encontrasen en lo más hondo del Continente inexplorado y desconocido, al través de selvas inextricables, de ríos inmensos, de cordilleras poderosas, de llanuras inacabables, como si se hubiesen dado cita, en días precisos y en lugar determinado, en agosto de 1538 y en el sitio de Bogotá, tres caudillos que allí tropezaron, el uno desde Santa Marta en el Mar Caribe, el otro desde el Cuzco en el Perú y el otro desde la Guayana venezolana. El uno, Jiménez de Quesada, para fundar la ciudad; los otros, Belalcázar y Federman, para reconocer y confirmar esa fundación. Y las fuerzas de esos tres caudillos, al encontrarse después de tamaños trabajos y sacrificios, después de tan grandes dificultades y desgracias, en el

oasis inesperado, en el paraíso sereno y apacible de la Sabana de Bogotá, exclamaban en su regocijo, como dice el verídico cronista de esos días:

Tierra buena, tierra buena,
tierra que pone fin a nuestra pena.

Y no es menos milagroso que Bolívar, trescientos años más tarde, triunfando en Boyacá, la hiciera capital de la Gran Colombia para concentrar en ella las fuerzas efectivas del gobierno y asegurarse así los recursos con que iba a libertar a Venezuela, incorporar al Ecuador, redimir al Perú y crear a Bolivia.

Empero, ¿cómo era Bogotá en 1883, que es la fecha que nos ocupa en este instante? Yo la vi como voy a decirlo.

La vida comercial y social de nuestra capital, en ese entonces, se concentraba y reducía al circuito comprendido entre las carreras 4ª y 10ª y las calles 8ª y 15. El barrio de Santa Bárbara y el de Egipto eran habitados por pequeños propietarios o por gentes honorables que habían venido a menos, ya sin comodidades, y que buscaban arrendamientos muy baratos. Lo propio sucedía en el barrio más populoso de Las Nieves, que principiaba de la calle 16 hacia el norte. Mas en éste vivía, según el concepto popular, la gente *charra*, es decir, cursi. Cachaco de Las Nieves era una calificación despectiva que significaba individuo chabacano, carente de buen gusto, de indumentaria estrafalaria y de modales poco distinguidos. Nuestra actual elegante Avenida de la República era el Camellón de Las Nieves, de casas todas bajas, apachurradas e insignificantes.

Todas las casas de la Calle Real y las de la Calle de Florián, desde la Plaza de Bolívar hasta la calle 15, o sea el Camellón de los Carneros, eran casas residenciales, de las familias más acomodadas, como las de las calles adyacentes. La mayor parte de dichas casas era de balcones coloniales corridos, de color verde, protegidos por techumbres bajas y prolongadas. El pavimento de esas dos calles principales era de adoquines de piedra, bastante desiguales, y las aceras estrechas, de baldosas gastadas. No se conocía el tranvía, ni siquiera el de mulas, que sólo principió en 1885, de la plaza de Santander para el norte, y los coches eran muy escasos, y tan sólo servían para salir de la ciudad, pero no para el movimiento urbano. Los almacenes oscuros y sin vitrinas eran los bajos de las casas residenciales de las tres cuadras de la Calle Real y de las tres cuadras de la Calle de Florián. El primer almacén con vitrinas y de tres pisos, que se les mostraba a los provincianos como una de las maravillas de Bogotá, era el de José Bonnet, construído creo en 1879 y que hoy pasa inadvertido al lado del Bazar Veracruz, que entonces era una especie de pasaje truncado, sin comodidad y sin elegancia, compuesto de pequeñas oficinas para notarías y para abogadillos sin clientela. Más tarde, en el gran salón que daba a la calle, se abrió la Librería Colombiana, y el fondo fue adaptado por Luis G. Rivas para el Banco Internacional.

En la Calle de Florián se veían tres casas de sobria pero elegante fachada y de hermosas proporciones, construídas por el arquitecto Reed, quien hizo los planos del Capitolio Nacional y principió su construcción en 1847. Esas tres casas, de las cuales queda una tan sólo, y la menos interesante, eran: la que fue de las hijas del general Santander y luégo del Banco de Bogotá, que funcionó en ella cosa de 60 años, en el mismo sitio de su actual edificio; la de don Wenceslao Pizano, luégo llamada Edificio Elbers y más tarde derruída para construir el actual edificio del Banco Central Hipotecario y la que fue de don Joaquín Sarmiento, en el centro de la primera Calle de Florián, acera oriental, que es la que subsiste y que fue apedreada en la revuelta popular llamada *del pan de a cuarto*, y que fue también objeto de una asonada contra el doctor Carlos Holguín en 1894, en que demostró éste su soberbia entereza, y donde murió inesperadamente poco después.

Una amplia residencia señorial en la esquina de la Calle de Florián con la calle 12, era la morada de la familia Tanco, de grata recordación en la presente festividad; hoy reemplazada por el más feo y quizá el más productivo de los edificios comerciales de Bogotá moderno.

No quedan hoy en la que fue aristocrática Calle de Florián sino dos casas residenciales: la vieja colonial que fue de don Roberto Herrera Restrepo y conserva su familia, y la sólida y elegante, construída por el respetable don Francisco Vargas, y que hoy habitan sus hijos.

La Calle Real terminaba antes de llegar a la iglesia de San Francisco en el propio río del mismo nombre, nauseabundo y descubierto, que se atravesaba por un viejo puente de mampostería, estrecho y rodeado de tenduchos en que se vendían artefactos de la manual industria del país. No era pues fácil ni agradable el acceso a la plaza de Santander. Para ese entonces (1883) apenas si hacía cinco años que se había erigido allí la estatua del Hombre de las Leyes. La plaza era desnuda, mal pavimentada, con una pila en su ángulo nordeste, a todas horas rodeada de aguadoras y de burros, en escenas estruendosas. En la misma plaza se vendía pasto verde a quienes tenían en su casa pesebreras, que eran la generalidad de los habitantes acomodados. Tan sucia era la plaza de Santander, que un día amaneció la estatua del prócer de ruana, sombrero de copa y un cartel que decía: "Si no me limpian, me voy." Eso fue causa de que muy luégo se desterraran de allí esos comercios y esos concursos indecorosos y que se principiara el arreglo y siembra del parque.

Por el centro de las calles que bajaban de la parte alta de la ciudad en el circuito alinderado atrás, mal empedradas, corrían caños de agua sucia encargados a descubierto de la limpieza urbana; llenaban su oficio, de ordinario en la noche, zahumando la ciudad no ciertamente con alhucema ni con ámbar. Con los grandes aguaceros esos caños se convertían en torrentes desbordados, y los transeúntes debían aguardar apiñados en las aceras a que pasara la cre-

ciente. De las casas sacaban en costales las basuras y desperdicios, que se arrojaban a los muladares de los ríos, donde esperaban las consabidas avenidas invernales.

No había acueducto municipal. El agua la suministraban algunas fuentes públicas y era llevada a las casas por aguadoras de mala higiene y de mal lenguaje, en ventrudas cántaras de barro cocido llamadas *múcuras*. Algunas casas coloniales importantes gozaban de agua propia, conducida por cañería de atanores de barro, lo cual se llamaba *merced de agua*. En muchas casas había hondísimos y tenebrosos aljibes de agua subterránea.

El servicio de vigilancia, sólo nocturno y reducido a las solas calles comerciales, lo hacía un corto cuerpo de serenos, pagado por el comercio, que organizó don Gregorio Obregón y lo comandaba el viejo veterano coronel Sandoval.

El servicio de alumbrado público, reducido también a las calles centrales del comercio, lo prestaba un farol de petróleo en cada esquina, tan sólo para dejar ver las tinieblas. El resto de la ciudad quedaba sumido en la noche oscura cuando no alumbraba la luna.

Es preciso imaginarse esa Calle Real, hoy alumbrada con generosa luz eléctrica, vitrinas esplendentes y anuncios luminosos, con restaurantes concurridos y animados y numerosos concursos que entran a los espectáculos o salen de ellos, con las voces de los radios y de las victrolas, con los estridentes carros del tranvía eléctrico uno tras otro, y las estrepitosas sirenas de los automóviles en desconcierto infernal. Es preciso, digo, imaginársela hace medio siglo, oscura, silenciosa y solitaria a las ocho de la noche, con pavimento duro y desigual e interrumpida en las bocacalles por caños mal olientes. En la imposibilidad de vehículos de ruedas, pasaban por ella a pie escasos visitantes nocturnos, envueltos los hombres en amplias capas españolas, con linterna en la mano, cuando el criado no los precedía con un farol. Con frecuencia pasaba silenciosa una silla de manos, una litera de portadores mudos, tal como en el Toledo del siglo XVI, llevando una dama acatarrada o en estado interesante.

Hacia el lado de la Sabana, o sea al occidente, la vida urbana alcanzaba tan sólo a un corto trayecto de lo que hoy se llama carrera 13. Pero al poniente de esa carrera la ciudad apenas comprendía la entonces muy triste Huerta de Jaime, o sea Plaza de los Mártires, y alguna prolongación de viejas casas bajas en el camellón de San Victorino (hoy Avenida de Colón) hasta la Pila Chiquita. En el sector comprendido entre las carreras 8ª y 13, y las calles 16 y 26, la casi totalidad eran solares sin edificaciones.

En la actual plaza de Nariño, entonces plazuela de San Victorino, que era como un puerto y en cuyo centro se encontraba una pesada y alta pila de calicanto, campo de Agramante sempiterno del gremio de aguadoras, entre el lodo o entre nubes de polvo, según la estación, de ordinario se veía, en la extensión de la plazuela, considerable acopio de maderas venidas de Subachoque, de carbón mineral de Cincha y de Canoas, de zurrónes de miel de Villeta y de La Mesa,

acopio que se iba desparramando hacia el sur por la vía lodosa de la Calle Honda; hacia el norte por la estrechísima cuadra que entonces iba a La Capuchina, donde algo se ampliaba en la llamada *Alameda*, hasta San Diego; y hacia el oriente, subiendo por el puente de San Victorino y por la cuadra muy popular y muy sucia de la calle 12, de tiendecillas de *chuchería* y pequeños talleres de artesanos, hasta la esquina de Los Mortiños, y de allí a la plaza de mercado. El carbón vegetal y la leña entraban a la ciudad por el oriente, viniendo de los páramos a lomo de caballejos y de asnos, que ofrecían su cargamento en las puertas de las casas. Las tejas, ladrillos y adobes, para muy contadas obras de construcción o para indispensables remiendos, eran traídos de los *chircales* de Barro Colorado o de Las Cruces, por burros adiestrados que conocían su camino.

Aquel puerto de San Victorino era el punto de partida de los ómnibus y coches que iban por el occidente a Facatativá, por el norte a Zipaquirá y por el sur a Soacha, pues tales vehículos no podían arriesgarse por las calles de la ciudad, interrumpidas y recorridas por caños, de infernal empedrado, sólo soportable y dominable por los pesados carros de dos ruedas, sin resortes, tirados por yuntas de bueyes tardos, que transportaban la carga pesada.

El mercado llamaba poderosamente la atención de los extranjeros por los tipos de aborígenes que allí se veían y por la abundancia y variedad de productos de climas varios.

Pero se equivocan quienes creen en una vida patriarcal. Como en toda agrupación humana y como en la vieja Santa Fe de los tiempos del *Carnero*, repentinamente estalla un escándalo social que multiplica las visitas, los cuchicheos y las fingidas indignaciones con que se vela el saborco íntimo. Y en ocasiones estalla también el crimen, el crimen espeluznante, como el de Sagrario Morales, como el de Los Alisos, el de Luis Umaña Jimeno, que a veces salpica a las clases altas y a familias honorables. Y en la lucha política intensa, nunca aplacada, adelanta la oculta gestación de la crisis hasta dar en la tragedia de la guerra civil.

Las tiendas o piczas bajas que daban a la calle, de casas de mucha consideración, en barrios muy principales, servían a **pequeñísimos** comercios o de vivienda, cuando no de ambas cosas al **propio tiempo**, siendo obligados sus habitantes a servirse del caño descubierto de la calle para descartarse de todos sus desperdicios. En las puertas de varias de esas viviendas muy centrales, en las últimas horas de la tarde y primeras de la noche, se veían de pie, en aparente espera, ciertas niñas, las más descalzadas y vestidas de zaraza almidonada, con joyas de falsedad clamorosa y perfumadas de pachulí o de agua de kananga, que le decían al estudiante transeúnte: "Venga, mi rey", o como cuenta Mac Douall en *El joven Arturo*: "Adiós, mi gloria." Ese llamamiento de sirenas sólo era atendido por los estudiantes de algunos cuartillos, poco escrupulosos en materia de aseo del cuerpo y del alma y muy optimistas en asuntos de higiene y salubridad. No era en malos y lejanos barrios donde tales pobres tentaciones se ofrecían: había focos de tales inocentes habitaciones en la calle 10, frente al

Palacio de San Carlos y a pocos pasos del Teatro Maldonado; en la carrera 7ª, cuadra siguiente al Capitolio; en la carrera 9ª con calle 12, frente al Hospital de San Juan de Dios (previsora vecindad), y en otros sitios diseminados, un poco más distantes del corazón de la ciudad. No pocas de esas pobres ninfas (que no tenían nada de ninfas Egerias), reclutadas en los campos, se hallaban recogidas en casas bajo la dirección y administración de sabias y muy conocidas abadesas de la orden Celestina.

*
* * *

Pero ese Bogotá remoto e inaccesible, detenido en su evolución natural por las luchas civiles, por las crisis económicas, por la política de *dejar hacer*, por la falta de comunicaciones, es la *bella durmiente del bosque*, según la feliz expresión del interesante diplomático vizconde de Fontenay, que más tarde fue embajador de Francia ante la Santa Sede, y que dejó aquí amigos a quienes nunca olvidó y nunca lo olvidaron.

En ese atraso material, en esa pobreza urbana, de puertas para adentro aparecía una clase social de las más cultas, de las más refinadas del Continente. Aquella ingénita disposición para las labores del espíritu, esa irrevocable vocación por las bellas artes, esa crítica fina para discernir la belleza, esa noción del ridículo, ese buen gusto innato, ese tacto y don de gentes en las relaciones sociales, formaban ese ambiente espiritual que no podía pasar inadvertido para extranjeros y diplomáticos tan sagaces y expertos como el cardenal Ragonesi, el conselheiro Lisboa, don Miguel Cané, Martín García Merou, José Antonio Soffia, don Bernardo de Cologan, Ernesto de Rottishberg, el vizconde D'Espagnat, el vizconde de Fontenay, don Bernardo de Almeida y Antonio Mediz Bolio. Todos ellos, en una forma o en otra, mostraron primero su sorpresa, más tarde su cariño. Esas dotes singulares del Bogotá interior e íntimo se revelaban en una vida social intensa, en círculos sociales más o menos cerrados, de comunicaciones frecuentes entre unos y otros. Las manifestaciones de arte, la danza, la mesa y la conversación eran la materia y la razón de esa vida, al lado del trabajo, del estudio y de las labores serias que impone la lucha de la vida. Todo eso que constituía una característica colombiana y un timbre nacional, está peligrando por la invasión de cierto espíritu cosmopolita, de cierto gusto por el *tripot*, de cierto ambiente de restaurante y de casa de juego, cierto relente de tabaco y alcohol. Todo ello puede explicarse en los hombres, pero quema y marchita el encanto femenino, volatiliza el prestigio y el perfume del ama y señora del hombre. El hombre puede encontrar en la taberna y en el garito un pasar o un derivativo, pero en la esperanza de reaccionar y rehabilitarse en el perfumado camarín de la dama. Pero si el camarín tornase en taberna y en garito, ¿dónde irá a buscar refugio para lo que reste de su yo? Que en el bridge, como pasión acaparadora y absorbente de día y de noche; que en el whisky, como estimulante

ya indispensable, se refugien las ancianas insensibilizadas y las jamonas desconceptuadas, es humano y quizá caritativo; pero las damas jóvenes, sacerdotisas del espíritu y del corazón, bien se ve que prefieren y preferirán siempre el juego de las ideas y la vida de los sentimientos al juego de las cartas y a la vida de los paraísos artificiales.

Los viejos fácilmente nos tornamos en moralistas; pero amo con vivo amor a la capital de mi patria, a la urbe generosa que amamantó mi espíritu, y si bien gozo sin medida viéndola transformarse en bello, cómodo y confortable centro de la vida colombiana, no quiero que su inconfundible y noble alma colectiva se convierta en la de un balneario o casino cosmopolita.

*
* *

Me he agotado yo y he agotado la paciencia de quienes me escuchan, en un ensayo de descripción del Bogotá de hace medio siglo.

Sobre el espectáculo en que ahora podrá verse una de las modalidades artísticas de ese Bogotá, ya todo está dicho, con suma exactitud y elegancia, en *El Tiempo* de esta mañana, por un testigo ático e insuperable, mi caro amigo Daniel Arias Argáez.

En una de mis charlas insustanciales, titulada *Los cachacos de Bogotá*, nombré a nuestro simpático poeta y diplomático, Carlos Sáenz Echeverría, entre los miembros más destacados de un grupo de caballerosos y espirituales *cachacos*, cuya significación social quise señalar.

En cuanto a la autora de la música, doña Teresa Tanco de Herrera, experimento algún embarazo muy explicable al referirme a ella. Algo me aliviará el dejar decir a don Miguel Cané, el eminentísimo diplomático argentino, en su celebrado libro *En viaje*: “¿Me perdonará la señorita Teresa Tanco, mi simpática compañera del Magdalena, si le repito en estas páginas lo que tantas veces leyó en mis ojos, esto es, que tienen razón los bogotanos en estar orgullosos de ella por su espíritu, la altura de su carácter y su talento musical incomparable? Sentada al piano, moviendo el arco de su violín, haciendo gemir un oboe o las cuerdas del arpa o el tiple, cantando *bambucos* con su voz delicada y justa, componiendo trozos como *El alba*, que es una perla, siempre está en la región superior del arte.”

Así dijo Cané, y el inteligente extranjero ya preveía lo que esa niña que regresaba de Europa, que se había hecho oír en el Conservatorio de París, aportaba a su tierra con su espíritu de comprensión rara y con su temperamento irrevocable de artista. Venía ya de novia, a casarse con el joven médico doctor Alejandro Herrera Restrepo. Por rara ventura, ese gallardísimo caballero comprendió como nadie el excepcional valor moral, intelectual y artístico de su novia y lo que ese espíritu requería para su desarrollo armónico, hasta su entera florescencia. Entre todos los innumerables homenajes que ella ha recibido por sus virtudes y talentos, ninguno fue más rendido y cons-

tante que el de su esposo, y ninguno apreció ella tanto como ése. Tal fue el secreto de esa felicidad incomparable de medio siglo.

Ese hogar selecto me fue conocido desde mi juventud. Frecuentemente, en domingo, íbamos a comer allí, como amigos habituales, Carlos Umaña, Pepe Sáenz, Manuel Santamaría, Eduardo Restrepo Sáenz y quien esto relata. Comida selectísima, admirablemente servida, de refinada y suave elegancia, sin pretensiones y sin recargos. La niña de la casa, por ser muy niña, no se sentaba todavía a la mesa, pero entraba al salón a saludar a los amigos de sus padres y a ponerles violetas en el ojal. Luégo música, pero música selecta, ejecutada insuperablemente por la señora de la casa y por Carlos Umaña; luégo conversaciones sobre arte, sobre libros viejos y nuevos, el *esprit* finísimo de Manuel Santamaría y las carcajadas de Carlos Umaña, que ponían alegría en el corazón y facilitaban la beata digestión.

Los otros, que no yo, pues nunca tuve gracia para nada, le ayudaban a Teresa en sus empresas artísticas y caritativas.

Vínculos carísimos de sangre me ligaban al señor de la casa. La Providencia quiso que tales vínculos se estrecharan aún más.

Siempre he considerado como una bendición que Teresa haya contribuído a la educación de todos mis hijos. Ella ha sabido ponerse a la altura de todas esas almas; es increíble la cantidad de nociones religiosas, morales, artísticas y científicas que ha sabido inculcarles como quien no quiere la cosa. Unas horas de ella con sus nietos, equivalen a meses de escuela. De ella podría también decirse: "El haberla tratado equivale a una segunda educación."

Pero hay algo aún de mayor trascendencia. Siendo Teresa una mujer de mucho mundo, de mucho trato y experiencia, jamás, ni en la intimidad, se le ha oído hablar mal del prójimo. Ella tiene el secreto de hacer muy interesante la conversación sin la salsa de la maledicencia, sin herir ni afrentar a ningún ausente. Sin duda, por ello sus nietos creen hasta ahora que no hay hombres malos o desdeñables.

Considero una ventura haberme visto en el caso de rendir este homenaje sin haber buscado la ocasión; pero considero que se ha cometido un error al traer para esta obra de resurrección a quien no puede pensar ya sino en su poniente terminal.